



Celestin Nanteuil del. y inc.

La de J. J. Martínez. Descrip. de Madrid.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

IV

CENTENARIO

*Miguel de Cervantes
Saavedra &*

El pasado 22 de abril se cumplieron 400 años de la muerte del Príncipe de las Letras Hispanas, quien además de tomar la pluma blandió la espada en los tercios

MIGUEL DE CERVANTES, soldado célebre de la Infantería española

CERVANTES es, sin duda alguna, uno de los principales escritores en lengua castellana, orgullo imperecedero de las letras españolas. Su *Don Quijote de la Mancha* se convirtió tempranamente en un imprescindible de la literatura universal y ha inspirando desde su creación a infinidad de escritores y lectores de todo el mundo a lo largo del tiempo.

Pocos como él consiguieron reflejar en su obra la España del momento, la circunstancia vital del autor envuelta en sus personajes a través de situaciones trágicas que impactan al observador, la historia de un caballero bueno que no supo ni quiso adaptarse a la amarga rea-

lidad de su tiempo. Una España transitada por Santas Hermandades, forzados a galeras, moriscos apenados, venteros cicateros, burlones poderosos, pobres soldados y tristes cautivos. Una geografía que conocía muy bien Miguel de Cervantes Saavedra, tanto física como anímicamente.

Acaban de cumplirse cuatro siglos de la muerte del que ha sido calificado como el Príncipe de las Letras Hispanas y orgullosamente apodado el *Manco de Lepanto*. A estas alturas, su influencia literaria está fuera de toda duda y poco más podríamos añadir a lo que otros autores han dicho sobre el tema, sí que quizá sea justo recordar en este cuarto centenario la vida de un hombre que,

además de escritor, fue soldado, una profesión de la que siempre se mostró especialmente orgulloso y que reaparece insistentemente en su obra.

PRIMEROS AÑOS

Vino al mundo Cervantes en Alcalá de Henares (Madrid) a principios del otoño del año 1547. El emperador Carlos V, retratado a caballo por el maestro Tiziano para la ocasión, había derrotado seis meses antes a los protestantes alemanes en el campo de batalla de Mühlberg (Alemania), en un tiempo de apogeo de las armas hispanas.

Miguel nació en el seno de una familia no muy boyante económicamente. Su padre era un cirujano que apenas se

IV CENTENARIO

Miguel de Cervantes
Saavedra

«Hoja de méritos
y servicios» del
soldado Cervantes.

ganaba el pan practicando sangrías a los enfermos y extrayendo alguna que otra muela. Su madre, en cambio, provenía de una saga de labradores con modestas propiedades en la también localidad madrileña de Arganda del Rey. El futuro escritor fue el cuarto de siete hermanos, entre ellos Rodrigo, el quinto vástago de la familia y que consagró su vida entera a la milicia.

La infancia de los Cervantes transcurrió de ciudad en ciudad, por tierras de la vieja Castilla y Andalucía en busca de oportunidades para su padre, hasta recalar en la ciudad de Madrid allá por 1566. Sede por entonces de la corte de Felipe II, la capital ofreció al joven Miguel la posibilidad de instruirse en el Estudio Público de Humanidades de la Villa, al lado de su maestro Juan López de Hoyos.

El alcaíno aspiraba a ser un nuevo Garcilaso de la Vega, soldado y poeta de reconocido prestigio en los círculos humanistas hispanos. En Madrid escribió Cervantes sus primeros poemas, si bien su precoz carrera literaria quedó truncada a raíz de un duelo de honor que le obligó a escapar de la justicia y salir de España a finales de 1569.

CERVANTES SOLDADO

Miguel buscó en Italia algún acomodamiento y, aunque en su mente ya discurría alistarse en los tercios, acabó en Roma al servicio del cardenal Giulio Acquaviva.

Pero pronto, al tiempo que el renegado Euldj Alí se adueñaba de Túnez y el sultán Selim II se proponía arrebatar Chipre a los venecianos, Cervantes abandonó la vida cortesana que llevaba y acudió a la llamada imperiosa de las armas. Fama y gloria eran sus horizontes, la muerte o las heridas un riesgo



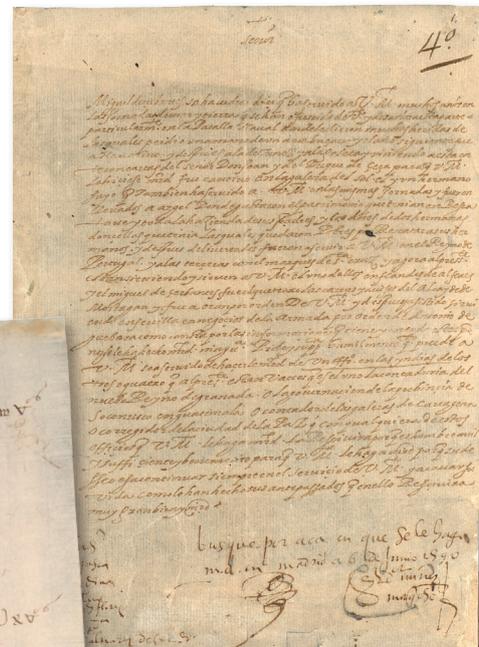
Archivo General de Simancas, CMC, 2EP, 962, 38

«Partida de diez escudos a Miguel de Cervantes, soldado de la compañía de don Manuel Ponce de León del Tercio de Infantería de don Lope de Figueroa».

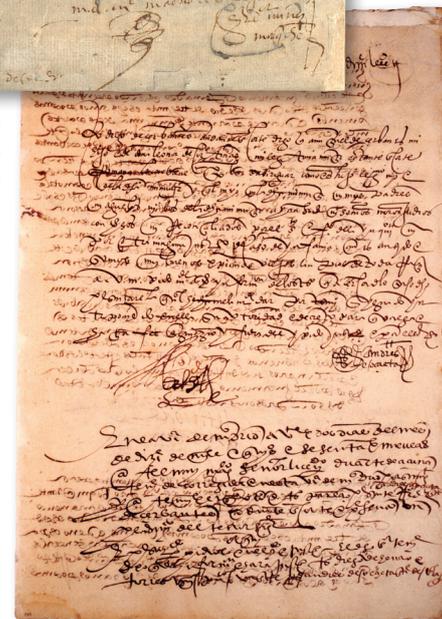
que había que asumir para alcanzarlas. Nápoles se había convertido en un hervidero de tropas y embarcaciones pertrechadas para entrar en acción contra las huestes turcas, y allí sentó Miguel plaza de soldado en una de las compañías de infantería española.

Corría el verano de 1570 y es probable que el joven Cervantes embarcara inmediatamente en las galeras de Nápoles, gobernadas por el genovés Gian Andrea Doria, que debían operar junto a las venecianas y papales en socorro de la isla de Chipre.

Mientras la guerra se sucedía en el Mediterráneo oriental, el Papa Pío V consiguió que españoles y venecianos abandonaran sus recelos mutuos para concluir una alianza estable y de término ilimitado contra el imperio otomano



Archivo General de Simancas



Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, T. 490, tois. 982-984r.

«Informaciones de testigos para acreditar la limpieza de sangre de Miguel de Cervantes, realizada a petición de su padre [...] 1569».

y sus satélites berberiscos. La Santa Liga fue acordada en mayo de 1571 en Roma y el mando de la misma recayó sobre don Juan de Austria, hermanastro del rey de las Españas Felipe II, que venía de sofocar la rebelión morisca en las Alpujarras (Granada).

Por entonces, Miguel se había reunido con su hermano Rodrigo en la compañía del capitán Diego de Urbina, encuadrada en el tercio de Miguel de Moncada, y los coaligados empezaban a organizarse en el puerto de Mesina (Sicilia). Sin embargo, poco se pudo hacer por Chi-

Aún a riesgo de hallar la muerte, acudió a la llamada de las armas con la gloria y la fama como horizontes



Insignis haec est illa navalis pugna quae Non. Octobris M. D. LXXI. ad Echinador in Ionio successit. In hac pugna cum Turcorum classe ducentarum et quinquaginta biniarum et sex maiorum cum Turcorum classe ducentarum quadraginta quinque trionum, et octoginta septem aliorum varii generis nauis horum diebus congressa est. In hac pugna cum Turcorum classe ducentarum quadraginta quinque trionum, et octoginta septem aliorum varii generis nauis horum diebus congressa est. In hac pugna cum Turcorum classe ducentarum quadraginta quinque trionum, et octoginta septem aliorum varii generis nauis horum diebus congressa est.



Retrato de Cervantes atribuido a Juan de Jáuregui, de la Real Academia Española y una de las obras presentes en la exposición sobre el escritor en la Biblioteca Nacional.

pre, que cayó completamente en poder otomano en el mes de agosto, cuando todavía no se había efectuado la reunión de las distintas escuadras cristianas. En septiembre, al fin, la flota de don Juan de Austria, fuerte en 300 naves y cerca de 100.000 hombres, se puso a la mar en busca de la armada turca.

LA BATALLA DE LEPANTO

Muerto el sultán Soleimán *el Magnífico* en tierras húngaras en 1566, el imperio otomano había recaído en manos de Selim II, quien continuó con la política agresiva que su padre había promovido en el Mediterráneo contra las potencias cristianas.

La conquista de Chipre fue uno de sus éxitos más notorios, aunque a la postre condujo a la formación de la Santa Liga y a la aparatosa derrota de su armada. Al tener conocimiento de la concentración de naves cristianas en Sicilia, las escuadras turcas se fueron reuniendo

en las aguas de Lepanto o Naupacto, en el golfo de Patrás (Grecia). La fuerza otomana ascendía a unos 120.000 hombres y 300 embarcaciones.

La flota cristiana tomó rumbo hacia Lepanto, donde los espías habían informado que se hallaba la armada turca. Al amanecer del 7 de octubre de 1571, cuando las naves cristianas sobrepasaron la isla de Oxia para internarse en el golfo de Patrás, don Juan de Austria recibió de sus vigías la alerta de velas turcas en el horizonte. Se trataba de la flota otomana, mandada por Alí Bajá, que marchaba a todo trapo sobre la cristiana.

El choque se produjo poco antes del mediodía. El intento de doble envolvimiento planeado por los turcos no pudo ejecutarse y la intervención de la reserva cristiana, junto con la superior potencia de fuego, acabaron inclinando finalmente la balanza del lado de la

Biblioteca Nacional de España

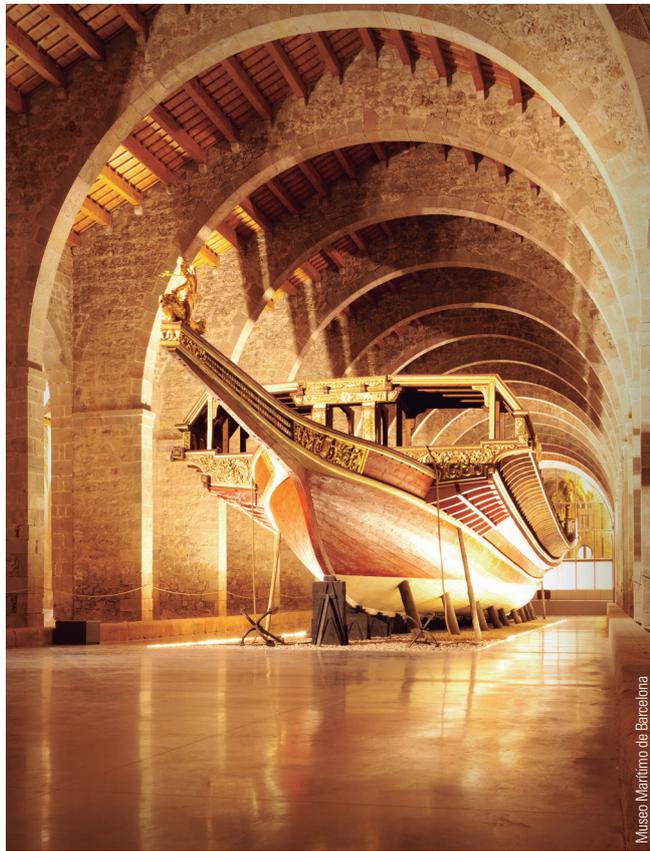
Biblioteca Nacional de España



Museo del Prado

Banderas, traje y sable de Ali Pasha, comandante en jefe de la flota otomana en Lepanto, de Cecilio Pizarro.

Réplica de la nave de don Juan de Austria, líder de la fuerza cristiana.



Museo Marítimo de Barcelona



Rosa Zahar/Museo de Santa Cruz/Catedral Primada (Toledo)



Museo del Prado

Arriba, pendón de Lepanto. Debajo, Pío V en una medalla conmemorativa.

Liga, no sin haberse luchado con gran tenacidad durante la jornada. Miguel de Cervantes estaba destacado con su hermano y compañero de armas Rodrigo en la galera *Marquesa*, perteneciente a Doria, si bien navegaba en la escuadra del veneciano Agostino Barbarigo. A éste se le encomendó el ala izquierda cristiana que, costeando la ribera norte del golfo de Patrás, fue la primera en entrar en combate.

NO QUISO PERDERSE TAN ALTA OCASIÓN

Antes de llegar a las manos, Miguel se encontraba aquejado de fuertes calenturas y había sido conminado a permanecer bajo cubierta.

Sin embargo, el alcalaíno no atendió la sugerencia de sus jefes y solicitó ocupar un puesto de peligro, tan convencido estaba de que era preferible morir peleando que perderse tan alta ocasión. Luchó al fin junto al esquife, donde dio muestras de su valor y recibió varios arcabuzazos, dos en el pecho y otro que le dejó inutilizado para siempre el brazo izquierdo.

Al final de la jornada, los turcos habían perdido dos tercios de su flota y 30.000 hombres, mientras que los cristianos liberaron a 12.000 cautivos a cambio de unos 8.000 muertos, 2.000 de ellos españoles.

Lepanto dejó patente que los otomanos, hasta entonces intratables en el mar, también podían sufrir severas derrotas si las potencias cristianas actuaban con resolución semejante y aunaban sus fuerzas contra el enemigo común.

CONVALENCIA Y, DE NUEVO, EN ACTIVO

El hospital de Mesina empezó a recibir a los heridos de Lepanto casi un mes más tarde. Allí fue atendido Miguel de sus heridas, siendo dado de alta en abril de 1572. Se reintegró inmediatamente al servicio en la compañía de Manuel Ponce de León, encuadrada en el tercio del afamado Lope de Figueroa.

Con él tomó parte en una nueva campaña contra el turco en Navarino y Modón, principio del fin de la Santa Liga. En 1573, estuvo en la expedición de Túnez, perdida de nuevo al año siguiente, junto a La Goleta.

El socorro de esta plaza fue la última acción en la que participó Miguel, no así su hermano Rodrigo, que llegaría al empleo de alférez y moriría en Flandes, en la batalla de las Dunas (1600). Ambos hermanos regresaban a España en septiembre de 1575 cuando la galera en la que viajaban, de nombre *Sol*, fue capturada frente a las costas catalanas por los corsarios argelinos apostados en sus refugios del sur de Francia.

Empezaba para los Cervantes un penoso cautiverio en Argel, más largo para Miguel, pues las cartas de recomendación que llevaba consigo —y con las que aspiraba a conseguir una patente de capitán— le convertían a los ojos argelinos en caballero principal y su rescate era más que suntuoso.

Rodrigo fue liberado al año y medio, pero Miguel permaneció cinco años cautivo y protagonizó cuatro intentos de fuga, a cual más arriesgado. Finalmente, en septiembre de 1580, el padre trinitario fray Juan Gil negoció su rescate y Miguel consiguió regresar a España tras once años de ausencia.

MISIÓN EN LAS PLAZAS NORTEAFRICANAS

Desembarcado en Valencia, Cervantes se puso en marcha hacia Portugal, donde se había desplazado la corte de Felipe II para preparar la unión del reino vecino a la monarquía española. Allí, Miguel esperaba recibir algún empleo por sus servicios y presentó un informe de sus méritos.

Tan sólo consiguió, en la primavera de 1581, el encargo de ir a Orán y Mostaganem (Argelia) en misión secreta, probablemente con la orden para que los gobernadores de dichas plazas norteafricanas no pusieran en peligro la tregua que se estaba gestando con el turco.

IV CENTENARIO

*Miguel de Cervantes
Saavedra*



Museo de Cádiz

De vuelta a la Península, Cervantes aguardó a ser recompensado de alguna forma, mientras su hermano Rodrigo se embarcaba con su tercio para participar en la expedición a las islas Terceiras, en el archipiélago de las Azores.

Cansado de esperar en Lisboa, Miguel se dirigió a Madrid para retomar su vocación de escritor. Allí tuvo una hija con una de sus amantes y se acabó casando, a finales de 1584, con Catalina de Salazar en el pueblo de Esquivias.

ÚLTIMOS SERVICIOS A LA MONARQUÍA

Sólo en el año 1587, cuando Felipe II estaba organizando una expedición contra Inglaterra, Cervantes volvió al servicio del rey como comisario de abastos de la Armada, encargado de requisar vituallas para las tropas que debían embarcarse.

Y tras el fracaso de la *Gran Armada*, Miguel solicitó un destino en Indias que le fue denegado y, más tarde, pasó a recaudar impuestos por tierras andaluzas.

Estos empleos le acarrearían su encarcelamiento, primero unos días en Castro del Río (1592), acusado de venta ilegal de trigo, y luego casi medio año en Sevilla (1597), por desfase en las cantidades recaudadas para Hacienda.

En la Cárcel Real de la ciudad hispalense se engendrará *El Quijote*, obra

cumbre que proseguiría, ya separado del servicio, entre Toledo, Esquivias, Madrid y Valladolid, donde volvió a pasar brevemente por la cárcel a fin de declarar sobre un caso de asesinato que tuvo lugar frente a su casa (1605).

MUERTE Y FAMA

Todavía en 1610, Miguel viajaría a Barcelona en el séquito del conde de Lemos, nuevo virrey de Nápoles, quizá con la intención de retornar a la ciudad italiana. Pero ya no se movería más de Madrid, donde se había instalado con su familia desde 1606. Allí ingresaría en la Orden Tercera de San Francisco y daría forma a sus últimos escritos, falleciendo el 22 de abril de 1616 para

*Luchó junto
al esquife de
la Marquesa,
donde fue herido
en el pecho y su
brazo izquierdo,
que quedó inútil*

ser enterrado al día siguiente en el convento de las Trinitarias Descalzas. Murió el insigne escritor con el reconocimiento de los lectores de su tiempo, envidiado por otros que le tachaban de anciano y de manco.

Poco le importó a Cervantes que le notaran de viejo, pues bien sabía que no estaba en su mano detener el tiempo. Más le dolió que se mofaran de su manquedad habiendo sido producto de las heridas recibidas en un combate, en «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros», como él mismo calificó la batalla de Lepanto.

Pasó su vida en un instante, de España a Italia, de Lepanto a Argel, entre Andalucía y Madrid a través de La Mancha. Y aún así dio para mucho su vida: prófugo de la justicia, soldado, cautivo, recaudador, preso, escritor...

Y todas sus circunstancias quedaron retratadas de forma harto elocuente en su producción literaria, fiel reportero de su tiempo en un siglo de hierro, aquella España de Felipe II, desorbitada en sus empresas, temible por sus ejércitos, pero igualmente exhausta y desatendida en su interior.

Al fin, como repitió Cervantes y bien vale de corolario para cualquier vida, cada uno es hijo de sus obras.

Germán Segura García